276 EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA CONSAGR. EPISC. DE LEÓN XIII.

en asambleas y congresos, que son fiel expresión de los sentimientos y aspiraciones de los pueblos cristianos.

Hermosa ocasión es para renovar estas protestas la que nos ofrece la celebración del jubileo episcopal de León XIII. Y ya que no nos es dado presentar personalmente al ilustre Pontífice el homenaje de nuestra piedad filial en tan fausto aniversario, procuremos al menos ofrecerle el obsequio de nuestras oraciones por su prosperidad y conservación, y de nuestros fervientes votos por su pronta y completa libertad.

Acercándose el gran día á que nos referimos, y esperando ocasión más propia para celebrarlo solemnemente, cuando nuestros amados diocesanos hayan vuelto á esta capital, disponemos desde luego que tanto en la iglesia metropolitana como en todas las parroquiales y demás dependientes de nuestra jurisdicción, el día 19 del corriente se cante, después de la Misa, un solemne *Te Déum* en acción de gracias por el quincuagésimo aniversario de la consagración episcopal de nuestro Santísimo Padre León XIII, y se recomienda empeñosamente á los fieles rogar á Dios por su conservación y felicidad.

La presente Pastoral se leerá en todas las iglesias en el domingo inmediato á su recepción.

Dada en Valparaíso, el 5 de febrero de 1893.

MARIANO, Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

José Agustín Morán C., Prosecretario.

PASTORAL

SOBRE LA PROPAGANDA DE DOCTRINAS IRRELIGIOSAS Y ANTISOCIALES.

••

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

ACE tiempo que á favor de una libertad, que no puede ser ilimitada, se propagan en el país doctrinas irreligiosas y antisociales que envuelven grave peligro para la fe de nuestro pueblo y amenazan socavar los fundamentos en que descansa el edificio social. Se ha emprendido contra la religión una persistente tarea de descrédito con el propósito de hacerla despreciable y odiosa á los ojos del pueblo. Se niegan sus dogmas, se ridiculizan sus santas prácticas, se blasfema de Dios y de sus santos y se desprecian sus más augustos misterios.

Como en los peores tiempos de la impiedad, se intenta persuadir al pueblo de que todo el cuerpo de doctrina enseñado por la Iglesia, los sacramentos, la moral y el culto, son invenciones del clero, hechas con fines mundanos y de conveniencias temporales. Y sobre todo, hay empeño decidido de acumular sobre el sacerdocio católico calumnias y prevenciones de todo género para labrar su desprestigio y cambiar en odio ó desprecio el amor y el respeto que le ha profesado el pueblo católico de Chile.

Esta propaganda contra la religión está dando sus frutos. Nunca se había visto entre nosotros mayor número de robos sacrílegos y de profanaciones de las cosas santas. Nunca se habían presenciado manifestaciones más explícitas de impiedad ni mayores irreverencias contra el estado sacerdotal. Nunca, tampoco, habíamos visto un número más crecido de publicaciones anónimas destinadas casi exclusivamente á atacar y denigrar á la religión, ni se había empleado jamás en el ataque tanta crudeza y destemplanza. Lo que prueba que se va de prisa en el camino de la impiedad y que la falta de eficaz correctivo por parte de quien debería aplicarlo, y aun la indiferencia de no pocos católicos, están sirviendo de estímulo á los enemigos de la religión.

Y mientras la prensa anónima derrama en el pueblo el veneno de las malas doctrinas, hay en las escuelas y colegios, costeados con los dineros de los católicos, cátedras que sistemáticamente propagan la irreligión en la juventud. Y si á esto se añaden los esfuerzos de los hombres dominados por la pasión política para descatolizar al pueblo á fin de sustraerlo á las influencias sacerdotales; si á esto se añade la creciente perversión de las costumbres, que hiela la fe y la piedad en las almas, no os será difícil comprender, amados diocesanos, la triste suerte que espera á la religión, combatida por tantos elementos conjurados contra ella, si no se unen y disciplinan para su defensa los que saben comprender y estimar sus beneficios y cifran en ella sus inmortales esperanzas y el bienestar y grandeza de la patria.

Y ya se dejan sentir también los efectos de la propaganda irreligiosa en la invasión de la plaga socialista, cuya existencia en la República se manifiesta con síntomas inequívocos. Nadie ignora que el socialismo, cuyas doctrinas y consecuencias se oponen á la ley de Dios, sólo se propaga donde la religión ha perdido su imperio.

Así, pues, en vista de estos males y en cumplimiento de un deber imprescindible de nuestro ministerio pastoral, creemos conveniente prevenir al pueblo católico de los peligros que amenazan su fe, y llamar su atención sobre la injusticia y la ingratitud con que proceden los enemigos de la religión, de la Iglesia y del orden social.

I.

¿Por qué se odia y se persigue á la religión? ¿Qué bien, qué interés privado ó público se consigue maquinando su ruina? ¿Qué mal ha hecho á la humanidad? ¿Cuál es el crimen de que se le acusa? Estas preguntas no han tenido aún respuesta. Sucede con el catolicismo lo que sucedió á Jesucristo, su divino Fundador, ante el pretorio de Pilatos. Los escribas y fariseos, envidiosos de su poder y ofendidos por la santidad de su doctrina, lo condujeron como reo ante el tribunal del juez idólatra. ¿Qué crimen ha cometido este hombre? preguntó Pilatos. Muchos falsos delitos se le imputaron; pero, examinados los testigos é interrogado el reo, el juez declaró que no encontraba en él ningún delito: Nullam invenio in eo causam¹. Sin embargo, Jesucristo fué martirizado y crucificado.

Es lo que pasa con nuestra santa religión. Muchos son los que la odian, la acusan y maquinan su muerte; pero todos los que en el curso de diecinueve siglos han examinado sus doctrinas y sus hechos con ánimo desprevenido y justiciero, han declarado que no encuentran en ella ninguna causa de condenación. Al contrario, hombres de todas condiciones, de todas edades, de todo tiempo, de todo pueblo, han declarado con voz unánime que la religión católica, como Jesucristo, ha pasado y pasa por la tierra haciendo el bien: haciendo el bien al individuo á quien santifica, á la familia á quien ha regenerado, á los pueblos

¹ Jo. 18, 38.

á quienes ha civilizado, á la humanidad para quien ha abierto fuentes de consuelos en los inseparables dolores de la vida terrestre.

Así es, en efecto, y por eso hemos comenzado por afirmar, que el odio á la religión es una injusticia y una ingratitud. Una injusticia, porque no hay razón alguna para perseguirla como si fuera culpable; una ingratitud, porque no se agradecen sus beneficios.

No es nuestro intento desenvolver ante vuestros ojos, amados diocesanos, todo el magnífico cuadro de los beneficios que el catolicismo ha dispensado al mundo. Eso sería tema para un libro ó muchos libros, porque obra suya es todo lo que hay de grande en el mundo moral. Pero detengámonos por un momento para contemplar los beneficios que se le deben en el orden social.

Nadie ignora que la autoridad es un elemento indispensable para la subsistencia de la sociedad. Pero la autoridad no llenará su misión sino á condición de ser respetada y obedecida. Esto no se conseguiría sino imperfectamente por medio de la fuerza, toda vez que la fuerza pueda ser rechazada por la fuerza. Es la religión la mayor garantía del respeto y obediencia debidos á los depositarios del poder público. Dando á la autoridad un origen divino, la reviste á los ojos de los pueblos de un carácter augusto y sagrado, que le procura mayor ascendiente sobre los súbditos. Este altísimo origen ennoblece la obediencia, porque no es simplemente al hombre á quien se rinde sino al hombre en cuanto es representante de Dios é instrumento visible de su justicia y de su bondad. La obediencia á la autoridad deja de ser, según este pensamiento, la sumisión forzada y abyecta del esclavo, que se abate ante la fuerza; sino que, convertida en virtud cristiana, es la sumisión voluntaria y grata del hombre que reconoce á Dios como razón primera de todos los derechos y de todos los deberes.

Tal es la doctrina que el grande Apóstol de las gentes dirigía al pueblo romano que había dado leyes al mundo: «Toda persona está sujeta á las potestades superiores, porque no hay potestad que no provenga de Dios, y Dios es el que ha establecido las que hay en el mundo.... Por tanto, es necesario que estéis sujetos, no sólo por temor del castigo sino también por obligación de conciencia. Pagad, pues, á todos lo que se les debe: al que se le debe tributo, tributo; al que temor, temor; al que honor, honor.»¹

Pero, si la religión fortalece la autoridad, en cambio impone á los depositarios de ella deberes muy graves y muy sagrados. Son ministros de Dios para el bien, y, como tales, deben labrar la felicidad de sus pueblos, haciéndoles todo el bien posible, gobernándolos conforme á justicia, resguardando el orden y la paz, asegurando el goce tranquilo de sus derechos y libertades. La religión, que condena todos los abusos, condena también el despotismo, que es el abuso de la autoridad; señala los límites del poder y se constituye en protectora de los pueblos oprimidos.

Por esta razón, si los gobiernos quieren asegurar la estabilidad de las instituciones políticas y de las leyes, su primer deber y su primer interés es honrar y hacer honrar la religión. Las obras del poder humano son insuficientes para formar y conservar las sociedades. Sólo la religión, que tiene estímulos divinos para la virtud y freno poderoso para las pasiones, puede asegurar en los de arriba y en los de abajo el respeto á todos los derechos y el cumplimiento de todos los deberes. Y esta es una verdad que han reconocido hasta los menos afectos á la religión: «Si la adhesión al culto divino, ha dicho Maquiavelo, es la prenda segura de la grandeza de un Estado, el desprecio de la religión es la causa más positiva de su decadencia.»²

¹ Rom. 13, 1. 5. 7. 2 Reflexiones sobre Tito Livio lib. I, cap. 2.

«Sucede con el cuerpo social lo que con nuestro organismo. Cuando el alma se separa del cuerpo del hombre, vienen la descomposición y la putrefacción. Igualmente cuando el espíritu divino se retira de una sociedad, se presenta la disolución que ningún esfuerzo humano puede detener.» ¹

«La religión establece y consolida el mundo moral, agrega Bautain, como la gravitación funda y sostiene al mundo físico.» ²

II.

¿Quién ha dado á la civilización más vigoroso impulso? Mirad los pueblos paganos antes de Jesucristo ¡qué cúmulo de errores, qué perversión en las costumbres, qué despre-

cio por la humanidad, qué degradación en los caracteres, qué despotismo en los unos, qué abyección en los otros! Vino Jesucristo, y cambió la faz del mundo pagano. Cayeron las cadenas del esclavo, se levantó la mujer de su postración, y de esclava que era se convirtió en reina del hogar; la castidad tuvo altares, el despotismo reconoció un freno, el ciudadano dejó de ser paria, el pobre halló compasión y se vió en todas partes el espectáculo de las virtudes más heroicas. Consultad la historia y ella os dirá que donde

«Al cristianismo se debe, dice el Dr. Halles, cuanto subsiste aún de bueno en los estados más corrompidos y en el espíritu mismo de los libertinos.» ³

entra Jesucristo brota la civilización, y donde concluye su

reinado renace la barbarie. ¿Qué fué de la antigua y esplen-

dorosa civilización del Asia? Desapareció con el sol del

cristianismo apagado en su cielo por la invasión musulmana.

Las ciencias, las letras y las artes deben al catolicismo sus más espléndidos triunfos. Contad, si podéis, el número de los genios cristianos que las han ilustrado con sus obras monumentales. Contad, si podéis, el número de escuelas, colegios, universidades que en todos los tiempos y lugares han brotado á su impulso. ¿Qué religión, qué partido político ha reunido en comunidad á millones de hombres que se consagran especialmente á la difusión de las luces, á la enseñanza de la juventud de ambos sexos, á la ilustración del pueblo, dando una instrucción apta para ganar la vida honradamente? No hay, en verdad, quien pueda competir con el clero y las comunidades religiosas en este importante ramo del progreso humano.

La caridad es hija de la religión, y la caridad ha curado y remedia aún la mitad al menos de los males de la vida humana. Esta hermosa virtud fué desconocida para el mundo pagano y lo es hoy para todos los pueblos en que no reina Jesucristo. El corazón humano era insensible para con los desgraciados antes que el Evangelio revelase las santas ternuras de la caridad. Fué necesario que Jesucristo vertiera su sangre por rescatar al hombre para que el mundo comprendiera el valor del sacrificio de unos hombres por otros. Fué necesario que la caridad fuese impuesta como un precepto y se le estimulase con magnificas recompensas para que despertase compasión la desgracia ajena.

¿Y quién podrá contar las maravillas que ejecuta la caridad católica en favor de los infortunados de la tierra? ¿Dónde está el dolor que no cure, la necesidad que no remedie, la lágrima que no enjugue? ¿Dónde están las miserias del alma ó del cuerpo en que no se verifique la parábola del buen Samaritano? El huérfano, la viuda, el anciano, el enfermo, el leproso encuentran asilos abiertos por la caridad, y millares de personas consagradas á su servicio sin otra ambición que las recompensas del cielo. La caridad católica da protectores á la inocencia, regeneradores á la mujer prostituída, maestros á los ignorantes,

¹ Vitteaut, La médecine dans ses rapports avec la religion.

² Bautain, Philosophie morale.

³ Halles, Danger de l'esprit d'incrédulité.